

América en los libros

Hija de la fortuna, Isabel Allende, Plaza & Janés, Barcelona, 1999, 429 pp.

Al leer *Hija de la fortuna*, se advierte la variación temática escogida por Isabel Allende (Lima, 1942) con respecto a títulos anteriores, ceñidos en su fondo común a la experiencia personal y a los valores afectivos de la memoria. Es oportuno, pues, destacar este giro como una elección muy pensada que declara las necesidades creativas de la escritora. A primera vista, esta novela presenta cualidades ampliamente asociadas con la tradición folletinesca, sobre todo en detalles como la esencialidad, los sentimientos, las casualidades inverosímiles y los trances iniciáticos. Claro que los arquetipos populares no son sinónimo de mala literatura e *Hija de la fortuna* es una gratificante heredera de esa modalidad narrativa, enriquecida por el oficio de la escritora chilena.

La novela recorta un período de diez años, desde 1843 hasta 1853, en la vida de la heroína, Eliza Sommers, joven cuya trayectoria nos permite avanzar por pasajes que alternan romance, aventura y desencanto. Sólo en ese contexto adquiere sentido el origen incierto de Eliza, su vida con una familia ingle-

sa de Valparaíso y, en particular, la búsqueda de nuevos horizontes en California, tras los pasos de Joaquín Andieta, el amante perdido.

Así planteado, el título escogido exige pocas explicaciones, pues la fortuna confecciona esta vida de mujer. Ese vagabundeo de la muchacha en pos del amor, mezclándose con la legión de audaces y sonámbulos que vibran con la fiebre del oro, se beneficia de la mitogenia local, y así queda explicado en la narración: «Joaquín Andieta se había perdido en la confusión de esos tiempos y en su lugar comenzaba a perfilarse un bandido con la misma descripción física y un nombre parecido, pero que a ella le resultaba imposible identificar con el noble joven a quien amaba». Hay mucha ingenuidad en la Eliza enamorada, ingenuidad que, no obstante, se desvanece tras la sombra de ese fugitivo de la justicia, bien ajustado a la leyenda de Joaquín Murietta. Pero como el amor imposible no se declara aquí vencido, el consuelo llega de manos de Tao Chi'en, un sabio chino que promete bondades inefables y la dosis necesaria de realismo por encima de tanto deslumbramiento: «En la vida no se llega a ninguna parte, Eliza, se camina no más».

Aquí reside la competencia del género: siempre se atiene a su pasado. Respetuosa con el protocolo, Isabel Allende pone en práctica su talento con arreglo a los deseos del gran público, y lo hace con ejemplar eficacia. Dada esa permeabilidad a las convenciones, el mayor acierto de *Hija de la fortuna* es el adecuado reflejo de la voluntad de vivir de la protagonista y de los recursos adaptativos que ella ejerce en su aventura. Una figura que parece constreñida a la secuencia de lo inevitable y que alcanza la madurez en una apuesta difícil de ganar, sobre todo cuando se parte de esa certeza tan visceral que es la pasión. No es ésta la fabulación más lograda del repertorio de la escritora, pero no defraudará a quienes buscan el atractivo de una lectura amena, llena de colorido, sin asperezas ni desafíos de estilo.

El camino de Buenos Aires, Albert Londres, traducción de Emilio Frías, Prensa Ibérica, Barcelona, 1998, 194 pp.

Sin abandonar del todo su propensión a la rebeldía, Albert Londres (1884-1932) poseyó una curiosidad periodística infatigable que, al decir de la leyenda, le costó la vida durante el naufragio del paquebote *George-Philipar*, tras abandonar la costa china. Es seguramente la más trágica imagen de un reportero: des-

pués de anotar a vuelapluma los secretos de la guerra chino-japonesa, parece al detenerse a recuperar sus notas en el camarote. Hay quien luego soñó conspiraciones en torno al periodista de posteridad gloriosa, ahogado junto a las libretas donde, según comentan, figuraba una entrevista con Mao Zedong. En todas las mentes estaba la personalidad de quien había denunciado en sus reportajes la tragedia humana, el dolor de los desfavorecidos, sin miedo a las consecuencias, con una audacia tan extraordinaria que sus viajes nos parecen hoy hazañas dignas de ser noveladas.

Corresponsal en el Marne, Londres afila su estilete en las cárceles coloniales francesas, de donde surge *Au bagné* (1924), el primero de los volúmenes que dedicará al forzado y maestro en fugas Eugène Dieudonné. La estrategia del horror se repite en *Dante no vio nada* (1924), cuyo título explica su visión de las colonias penitenciarias del norte de África. Otro capítulo delicado es el de los manicomios, tenebrosamente retratados en *Chez le fous* (1925). Llegan luego piezas como *La Chine en folie* (1925) y *Tierra de ébano. La trata de negros* (1929) que destapan nuevos atropellos.

Hasta ahora, todo cuanto llevamos dicho nos hace suponer la observación implacable de Londres, viajero a la búsqueda de injusticias, voceando hacia las murallas de Occidente. Pues bien, ese talante se reaviva con bri-

llantez cuando el periodista recorre los canales de la trata de blancas. Los personajes que describe en esa peripécia no exhiben identidades armadas sobre estereotipos; muy al contrario, Londres evita el costumbrismo y procura llegar a la entraña sin moralizar. Primero se acerca a los tratantes franceses en *Marseille porte du sud* (1926), pero al advertir la intensa vida prostibularia de Buenos Aires, viaja hasta Argentina para conocer allí la realidad de los rufianes franceses que fomentan la eferescencia carnal. A partir de sus pesquisas, el receptivo Londres completa *El camino de Buenos Aires* (1927), libro de escritura sumamente ágil que comenta el hampa bonaerense, y lo hace con descaro, reservando un papel principal a los proxenetes polacos, dueños de una organización de socorros mutuos que fue la más poderosa gestora de burdeles, la Sociedad Varsovia (1906), rebautizada en 1929 como Zwi Migdal (en yiddish, Gran Fuerza). Por cierto que las muchachas con quienes comercian estos maleantes proceden de aldeas judías de Polonia, Bulgaria y Rumanía, las mismas cuya miseria relatará el periodista en otro libro, *El judío errante ha llegado* (1930).

Este camino de Buenos Aires por el que curioseaba Londres lo transitan mujeres en venta cuya historia carece de moraleja: «Mientras haya desempleo. Mientras haya muchachas con tanto frío y tanta hambre, que no sabrán adónde acudir para

poder dormir. (...) Mientras tanto, dejemos que el rufián nos sustituya y les tienda un plato de sopa». El afán descriptivo del relator se fija en vidas truncadas, disputándose favores patéticos, útiles para personificar la denuncia. Centro mundial del tráfico de blancas, Buenos Aires aparece en su libro como un entorno clandestino, limitado además por la corrupción. Así vista, desde luego, no debió de agradar mucho esta imagen a los aludidos. Recordando la publicidad de esta polémica, es propio cerrar este comentario con un fragmento editorial del diario argentino *Reflejos* (4 de junio de 1932), síntoma de tal revuelo: «La difusión de *Le chemin de Buenos Aires*, libro en que Londres describe minuciosamente la trata, contribuyó a crearnos la poco envidiable fama de que disfrutamos en muchas ciudades europeas».

Agua, Eduardo Berti, Tusquets Editores, Barcelona, 1998, 238 pp.

Conocido guionista y realizador de documentales televisivos, Eduardo Berti (Buenos Aires, 1964) cuenta en su haber con un libro de relatos, *Los pájaros* (1994) y varios textos de asunto periodístico. La nómina de obras queda ahora enriquecida con su primera novela. En ella podemos apreciar un acertado uso del lenguaje y un tono sosteni-

do a lo largo del relato. Por otro lado, el título afianza el valor simbólico del agua en la trama, pues aparte de ser apellido del protagonista, el agua puede extender epidemias, conducir la electricidad y también, si afinamos la metáfora, disminuir la fuerza de un sublimado, aligerando su poder corrosivo. Hay, sin duda, algo de todo ello en la obra de Berti, pero amplíemos el marco para entender mejor este espacio de simulaciones.

Como veremos, el narrador de *Agua* va ligando secretas simpatías. La acción se inicia en la primavera de 1920, cuando Luis Agua, gestor de una empresa de alumbrado, contribuye a iluminar, en un doble sentido, el pueblo portugués de Vila Natal. Aquí todo respira decadencia, de modo que a Luis le basta sacar de su valija el equipo de demostración para persuadir al auditorio de las cualidades del alumbrado eléctrico. Y con segura penetración, también es capaz de sacar a la luz aquello que oculta el revestimiento social, una vez cogido el hilo de los secretos. Sin recelo que le cohíba, Agua inicia su comercio en el castillo que preside la comarca. Esta mansión sirve de refugio a la viuda Antunes Coelho y es asimismo su celda, pues hasta que ella no vuelva a casarse carece de pertenencias, por decisión testamentaria del finado, quien lega al nuevo esposo la mayor parte de su fortuna. Siguiendo el sentido práctico, la viuda escoge por marido al joven

Pedro Broyz —un acierto de personaje doliente—, pero le impone unas condiciones de las que se estilan en las intrigas del romanticismo sombrío. Para que nada falte a la conjura, se interponen figuras como el aviador Alfredo Acevedo, un anticuario de nombre Míster Roger y Fray Teresino, tronante contra la causa eléctrica defendida por Agua. Como un estribillo, el religioso repite que Dios no desea una noche iluminada, y ese apagamiento del progreso, sumado a la penitencia impuesta por un brote de cólera, insinúan los tributos y obediencias del mundo ficcional urdido en el libro.

Modelando estos materiales ha conseguido Berti una novela serena que, junto al fino análisis de los personajes y el reflejo de sus latencias, destaca por la sensualidad del clima obtenido, muy en consonancia con el discurso que arropa. También es digna de subrayarse la prosa nítida, condensada, sin concesión a la desmesura.

Las piadosas, *Federico Andahazi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999, 219 pp.

Presa de su relato, Bram Stoker, el conocido autor de *Drácula* (1897), ha sido incorporado al itinerario de la literatura fantástica como padre de una de sus principales individualidades, un ser ambiguo que pone en cuestión su propia muerte y transita